

# *CRITICA DE LIBROS*

*LAS AVENTURAS DEL CUERPO* DE SUSANA POTTECHER  
(Madrid: Editorial Espasa Hoy, 1994, 248 págs.)

MARIA NIEVES ALONSO

I. Antes de entrar en el libro, antes, mucho antes de entrar en el espíritu de las aventuras de Susana Pottecher, quiero confesar un estado: el encantamiento; anotar dos sensaciones: el asombro, la frescura y copiar tres fragmentos:

- 1) “Ojalá volviésemos a pedir la bendición a nuestro padre, y que éste nos la diera; volver a prestar oídos a la sangre y retener siempre su llamado porque  
La Meta es el origen  
Karl Kraus” (1994:15)
- 2) “¿De qué simetría esencial hablamos entonces?, ¿no será la de yo pongo dos platos en la mesa, tú otros dos? En cualquier caso en nuestros días se impone la exigencia. Los ideales de fe, esperanza y caridad han sido sustituidos por los de igualdad, libertad y progreso y de ellos se recubre nuestro enmascaramiento” (p. 82).
- 3) “Nuestros gestos y ademanes denotan ahora eficacia y efectividad productiva; los ideales de belleza actuales lo exigen. Pero los cuerpos dicen que somos de dos clases diferentes; las caderas sobre todo, son las que dicen. ¿Por qué no las escuchamos?  
Si lo hiciésemos oiríamos también la otra verdad, escucharíamos su fortaleza y percibiríamos su belleza: las caderas dicen que ellas no cazan; ellas conciben y generan. Ellas no producen; ellas crean” (p. 201).

II. De lo que no se puede hablar, mejor es callarse, escribe Wittgenstein, pero de lo que no se puede hablar mejor es no callarse, “hoy que reina el simulacro pero falta el mito”, como escribe Roberto Calasso.

III. *Las aventuras del cuerpo* “se dirige en particular a aquel decoro exterior del cuerpo que procede de un alma bien compuesta” y se define como un tratado de Educación Física para una época—la posmodernidad—que percibe al ser humano dividido en carne y espíritu y que ha optado claramente por la primera, denostando al segundo. En esta época el hombre civilizado se mira a sí mismo y busca el sentido en el propio cuerpo antes de buscarlo fuera de él, pero el sentido sólo aparece cuando aparece cierta unidad cuya lectura ha sido quebrada con la muerte de la religiosidad y de la cual tan sólo nos queda su paisaje y su ruina en el arte. La sociedad se ha emancipado de cualquier visión religiosa y, por eso, aparece

totalmente secular, y poblada de diferentes visiones laicas. Lo opuesto y simétrico, la sociedad misma, sería la entidad dominante como un hecho casi teocrático.

Ya no rige el instinto ni el alma, rige la razón obtusa y la guerra. La unidad, el pacto parecen imposibles. ¿Cómo hay que vivir, entonces?

La composición del libro de Pottecher, intertextual, heterogénea, heterodoxa- (“el mundo espiritual de la poesía es el mundo de la pura heterodoxia o, mejor de la pura herejía”), múltiple, busca una respuesta, incita a vivir la aventura de la búsqueda del sentido de la vida, peligro, combate, amor, abandono, encuentro, ayuda, pérdida, conquista, muerte, de aquello que el poeta juzga como la esencia de las cosas y los seres. En esta aventura, la lucha contra el mal es el aspecto ético (“El hombre, aunque no se coma la culebra la puede aplastar con la mujer y el sentido ético prevalece...” (p. 256). La utopía es la de conectar, relatar el reencuentro entre “aletheia” y “doxa”, entre verdad y opinión, entre ser y parecer unidos por la “ananque”, la necesidad: “Los dos géneros juntos pueden crear, o reproducirse, y devolver a la vida lo que les ha sido entregado en ella...” (p. 256).

Es decir, el libro, se va configurando en el ideal de ser un texto de Educación Física, de estética en en sentido de decoro y buen gusto. Como tal, quiere enseñar cosas que no se pueden aprender pues el gusto “último, discreto y volátil heredero de la sabiduría, significa saber qué cosa o procedimiento es justo sin necesidad de articularlo y fundarlo. Como una proposición ética al querer re-latar la unidad perdida del ser y la apariencia, de re-latar su reencuentro. *Las aventuras del cuerpo* pretende dejar de ser discurso sobre la apariencia y de la manipulación de ésta que ha usurpado sin decirlo la autoridad del pensamiento.

Desmontar y desarticular el juego de simulacros en el cual todo es permutable e intercambiable, dejar hablar libremente a muchas voces y ecos, es también parte de la transgresora propuesta de este libro que exhibe, dibuja y aún explica, sin reciclar, el mapa del pensamiento en el que se sustenta. Discurso filosófico y pedagógico, relato, diario de vida, libro de avisos, usos y consejos. Armonioso encuentro de la filosofía, la literatura, la pedagogía y el yo, el ensayo de Susana Pottecher es una versión iconoclasta y lúdica del nuevo decir de las mujeres en una sociedad teatral y vacía que se opone a la naturaleza pues cree y quiere bastarse a sí misma sin respetar las diferencias, sin adoptar el movimiento de lo discontinuo para vivirlo como continuo y lograr que las muertes crepusculares sean promesas de resurrección.

Reivindicación de la lentitud, alegato a favor de la diferencia, nostalgia de la comunión con la naturaleza, búsqueda y proposición de un orden familiar y nuevo. *Las aventuras del cuerpo* es un libro limpio, honesto, fresco, juvenil, incluso en algún leve desaliño. También, extraño, algo salvaje, provocador: No Académico. Pero, sobre todo, fraternal, delicado y familiar. Y cuando escribo familiar digo: (del latín *familiàris*) adj. perteneciente a la familia. //2. Dícese de aquello que uno tiene muy sabido o en que es muy experto. //3. Aplicado al trato llano y sin ceremonia, a modo del que se usa entre personas de una misma familia. //4. Aplicado a voces, frases, lenguaje, estilo, etc. Natural, sencillo, corriente, propio de la conversación o de la común manera de expresarse en la vida privada. //5. Dícese de cada uno de los caracteres normales o patológicos, orgánicos o psíquicos que presentan varios individuos de una misma familia transmitidos por herencia. *Diccionario de la Lengua Española*, Real Academia Española, vigésimo primera edición, Tomo 1, 1992).

Familiar significa también que junto a Roland Barthes, San Agustín, Borges, Montaigne,

Leonardo Da Vinci, Pasolini, Kant, Natassia Kinsky, Jeremías y Schopenhauer, estén las voces del padre, de la madre y la abuela (“mi abuela decía que una mujer elegante debía emplear el doble de tiempo en arreglarse por detrás que por adelante...” 1994: 135) o que el único capítulo dedicado, lo sea a Luis Pottecher Gamir.

Familiar significa, sobre todo, distanciarse de los metarrelatos (digo igual megarrelatos), de la Academia y de esos saberes mayores (¡ay, Deleuze!) o marginales (¡ay Eltít!) que intentan descifrar el mundo con un lenguaje que se me vuelve apariencia, hueco escarceo o “cháchara” como decía Enrique Lihn.

Interrogativas, audaces, románticas, estas páginas que quieren “hablar del cuerpo, del alma de los hombres (de lo que se ve, de lo que se huele y oye de esa alma)”, que se atreven con el aborto, los masones, el arreglo del cabello, el deseo y Nietzsche, dividen al mundo humano en tres especies, “los triunfadores, los sobrevividores y las víctimas”, y ubican en el segundo grupo a los amantes de la cultura, poetas y creadores (consumidores tranquilos, p. 185).

(Ojalá, pienso yo entonces, como Pepe Garcés en *Crónica del alba*, pudiésemos dividir el mundo en santos, héroes y poetas).

Susana Pottecher destaca con nitidez la fraternidad entre los individuos y especialmente la percibe en el matrimonio y en el relato sobre Thelma y Louise, las protagonistas de la película de nombre análogo.

Dice así: “Ellas son dos admirables actrices que permiten hacer ver con claridad el sucesivo intercambio de papeles vitales (a lo Narciso y Golmundo) que hace entre sí toda verdadera amistad: Louise acaba siendo Thelma y Thelma Louise. Como toda cruzada acaba en exceso. Acaba con la muerte de ambas abrazadas y tirándose por el precipicio del Cañón del Colorado... (235). Yo no puedo sino pensar ahora en Fortunata y Jacinta, cuya oposición inicial concluye en una complicidad que dice a los hombres: “Las mujeres buscan el sentido de la vida sobre todo en el amor y la amistad, quieren ser libres e iguales, no quieren ser usadas. Fortunata y Jacinta no despilfarran, conciben y generan. Las caderas de la primera lo dicen, las de la segunda lo amparan.

“Crear en algo más que en uno mismo”, ser un poco más humildes. Devolver su lugar a la fe, la esperanza y la caridad, las tres virtudes teologales que nos sacan del yo para avanzar, para ir hacia ti, ir hacia él. Resacralizar el mundo, articularlo para hacerlo más habitable. Levedad, rapidez, exactitud, visibilidad, multiplicidad: *Seis propuestas para el próximo Milenio*, así escribe Italo Calvino: “Ojalá fuese posible una obra concebida fuera del ‘self’, una obra que permitiese salir de la perspectiva limitada de un yo individual, no sólo para entrar en otros yoes semejantes al nuestro, sino para hacer hablar a lo que no tiene palabra, al pájaro que se posa en el canalón, al árbol en primavera y al árbol en otoño, a la piedra, al cemento, al material plástico...”

¿No sería ésa la meta a la que aspiraba Ovidio al narrar la continuidad de las formas, la meta a la que aspiraba Lucrecio al identificarse con la común naturaleza de todas las cosas? (p. 138).

*Corriente alterna* de Octavio Paz nos recuerda que cuando la mujer abandonó el hogar para trabajar en fábricas y oficinas (para trabajar en universidades e institutos) engrosó el ejército de los asalariados, eso no fue una liberación. La verdadera es “una liberación que sólo la mujer puede realizar: femeneizar nuestra agresiva civilización, darnos arquetipos

eróticos distintos a los que la sociedad industrial moderna, en sus dos vertientes: la capitalista y la comunista, ha impuesto en todo el planeta. Acabar con los mitos del trabajo que hacen del cuerpo y del alma meros instrumentos de producción (1967).

Pluralidad de voces, sensaciones, textos, sentimientos, géneros, *Las aventuras del cuerpo* deja hablar a las caderas, los colores, el tacto, las manos, el lápiz labial, la luz, el silencio, los pies. Dice dirigirse en particular a aquel decoro exterior del cuerpo que procede de un alma bien compuesta, sigue la utopía literaria de Calvino, comprende el mandato de Octavio Paz. Ventana abierta, reivindicación del mito, aceptación de la diferencia que nos dice que aquello que nos distingue es aquello que nos une. Su lectura me ha permitido saborear el tesoro más precioso: el descubrimiento de otra forma de amistad y de libertad (¡En las academias, protégenos, Señor!).

¿Volverán los guerreros magnánimos y las diosas blancas y vírgenes? Seguramente no sea necesario, sólo hay que establecer relaciones de hermanas desde la juventud y comunicarnos a través de lo que sea. Las mujeres, así, serían las primeras en reencontrar un lenguaje pacífico, consolador y práctico. Tal vez así nos salvará la delicadeza.

## TRAGAR SALIVA DE JUAN GABRIEL ARAYA (Santiago: Ediciones Todavía / LOM, 1996)

MARCELO CODDOU  
Drew University

Es sabido que la narrativa chilena del último plazo tiene como el mayor de sus referentes el estigma de la dictadura. Aún aquellas obras de las que se dice que privilegian el lenguaje —¿qué texto literario podría evitarlo?—, lo hacen para trabajar en él (*con él, desde él*) en tal dimensión problemática de la existencia colectiva. Este parece ser objetivo ineludible de la ficción, por cuanto los escritores parten de esas consideraciones paradigmáticamente enunciadas por Carlos Cerda, de que:

una función importante de la literatura en un país como el nuestro, con heridas que aún no cicatrizan, es justamente contribuir a que esa herida se limpie para que pueda sanar. Y el olvido no ayuda a eso, el olvido tiene el peligro de enconar las cosas, de hacerlas más graves porque evita que sobre la base de la *verdad* podamos mirarnos nuevamente a la cara, reconociendo cada cual el error que haya cometido (*La Epoca*, 17 noviembre 1996: 16-17).

Desentrañar el trauma que significara el golpe y sus consecuencias signa el proyecto de la escritura de la inmensa mayoría de nuestros narradores, incluidos los de la generación emergente, los nacidos en la zona de fechas cuyos márgenes se dan en el plazo 1950-1964, de entre los cuales nombramos a: Roberto Ampuero, Pía Barros, Ramón Díaz-Eterovic, Ana